

Un día en la vida de Silvestre Panador

CAPÍTULO 7

La torre

Julius Güémez

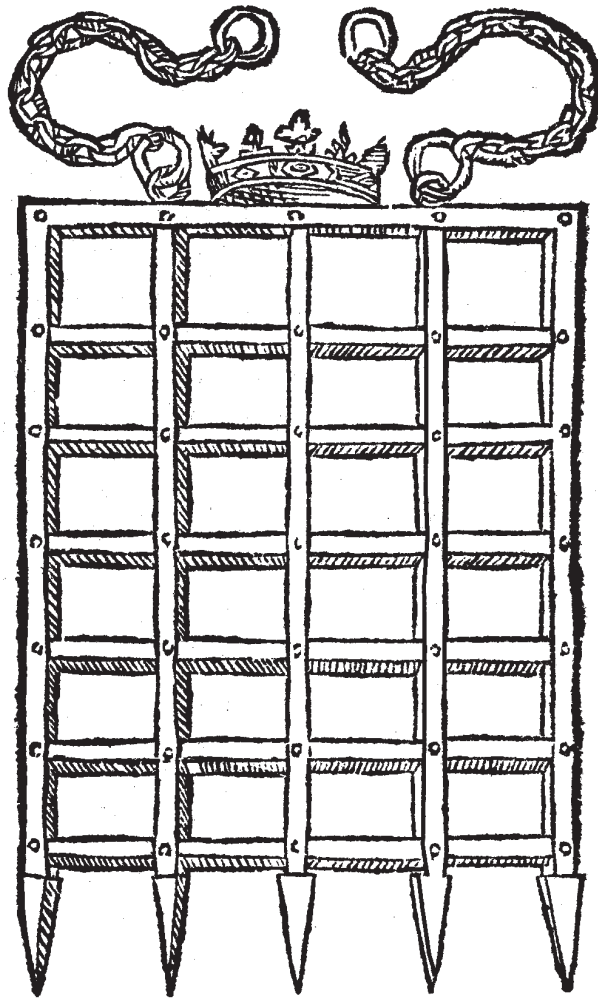
(Septiembre-Octubre 2002)

Capítulo 7

La torre

El incómodo viaje hasta Santillana del Mar, encastrado y apretujado en la parte trasera del coche, ha dejado a Silvestrín medio molido, tal ha sido la abundancia de baches, curvas y derrapes que ha tenido que soportar con estoicismo, mientras escuchaba entonar con voz desafinada al sacerdote canciones de Celia Gámez. Entre un amplio repertorio la celeberrima “Ya hemos pasao”, que a la altura de Lienres ha sido recitada con gallos y gorgoritos tales que asustaban a los propios animales del campo. El pésimo estado de la carretera ha sorprendido, poco gratamente, a Silvestrín, aunque ha pensado que tal deterioro es debido sin duda más a las abundantes lluvias que caen todo el año sobre la región que a la pura desidia o corrupción de los responsables de las obras públicas provinciales. El cura cantor y conductor, cuyos bruscos cambios de marchas hacen crujir toda la caja de cambios, con un sonido de ruedas dentadas atrapando trozos de metal y machacándolos entre sus dientes metálicos –y a veces hasta parecen los maullidos un gato estrujado que gime dolorido, tal es la magnitud de los quejidos que de ella brotan–, se ha lanzado a una enloquecida carrera, con frecuentes frenazos que han quemado la goma de los neumáticos contra el asfalto, y en menos de media hora han llegado hasta la noble villa del marqués del mismo nombre.

La intensa luz del mediodía solar viste de amarillo las casas de arenisca y el sol se adueña de los rojos tejados y corta a pico las siluetas de sus prolongados aleros en el azul celeste. Los corredores están cuajados de geranios y las hiedras trepan por los recios e históricos muros de sus casas solariegas, en lo que parece un folleto turístico del ministerio de Información y Turismo. Sólo unos pocos lugareños ataviados con el traje regional perturbaban a esta hora la tranquil-



idad de sus empedradas calles, ausentes por completo de elementos foráneos. Entre nuevos botes sobre el irregular pavimento de la villa, que han puesto a prueba el coxis de Silvestrín, golpeando en cada salto contra un saliente metálico, han llegado a la amplia e irregular plaza del ayuntamiento. Frente a la casa consistorial, la bandera roja y gualda decorada con el escudo de la España de los Reyes Católicos y del Movimiento Nacional ondea lánguida al suave viento de la tarde. El vacío estómago de Silvestrín gime de hambre, pero ese ruido el cura lo atribuye al motor, pues golpea con saña el salpicadero del coche. Los quebrantos de Silvestrín cesan y el cura se da por satisfecho con

la reparación.

Una vez el largo coche ha sido aparcado en la plaza de Ramón Pelayo, empedrada de cantos rodados colocados formando cuadrados, el cura atrapa el hatillo de trapos que contienen los termómetros y salta del coche con una agilidad que su barriga parecería desmentir, cuya puerta cierra de un sonoro portazo. Contiene Silvestrín espec-tante la respiración y con mucho cuidado levanta la cabeza para ob-servar qué dirección han tomado el hinchado cura y su precioso botín. Con los ojos justo a la altura del cristal de la puerta trasera observa Silvestrín cómo el cura baja unas pequeñas escaleras de piedra, llega a un soportal no demasiado alto, gira a la izquierda y se planta frente a una enorme puerta de madera encajada en un arco ojival constru-ido en buena piedra arenisca. A ambos lados del puntiagudo arco dos ventanales con cristales emplomados se abren a la plaza y sobre ellos dos pequeños escudos destacan en la fachada imponente de la torre.

El cura golpea con la enorme aldaba que cuelga de la puerta – con forma de mano que atrapa una bola–, a la vez que no deja de mirar a uno y otro lado en un gesto tan nervioso como furtivo, lo que delata el carácter delictivo de la misión que hasta aquí le ha conducido. Los golpes de la aldaba sobre la sólida puerta tachonada de clavos y herrajes que guarda la entrada de la torre no han sonado demasiado fuertes, posiblemente debido a que el cura quiere pasar desapercibido en esta misión clandestina que se trae entre manos. Con el corazón encogido por la angustia de ver desaparecer tras tan robusto obstáculo sus queridos termómetros, observa Silvestrín cómo la puerta se abre y un criado vestido de impecable librea negra y amarilla se sorprende, aunque no demasiado, al ver al cura –quien debe ser un asiduo de esta casa–, pero no a estas intempestivas horas de la siesta de después de una comida. Esta idea vuelve a recordar a Silvestrín que su estómago está tan vacío que ya ni se molesta en protestar.

El cura penetra raudo en la casa-torre solariega y apremia al cri-ado, que otea a uno y otro lado para ver si hay molestos testigos, a que le siga. Éste, nervioso, no se decide a desobedecer al cura, así que le sigue haciendo sólo un amago de cerrar la puerta, dejándola entornada, proponiéndose sin duda cerrarla un poco más tarde. “Au-daces fortuna iuvat”, recita Silvestrín en su bien asimilado latín, y uniendo la acción a tan elevado pensamiento, no se lo piensa dos ve-ces y, con la agilidad con que su juventud y sus sesiones de gimnasia le proveen, salta fuera del coche, cierra sin ruido la puerta del mismo,

y en tres zancadas alcanza la puerta de madera, que empuja con determinación, pero evitando los chirridos, a la vez que se interna en el fresco y oscuro habitáculo de la torre.

La pequeña entrada precede a un patio interior con columnas y claustro, mientras que a su izquierda hay unas escaleras que ascienden empinadas hasta los pisos superiores. Justo a tiempo para esconderse en el primer rellano de la escalera, observa Silvestrín cómo el concienzudo criado retorna para cerrar la puerta de la calle con llave. Vuelve sobre sus pasos refunfuñando el sirviente y opta Silvestrín por seguirle discretamente, pues seguramente le conducirá hasta el cura y, lo que es más importante, hasta sus termómetros. De columna en columna, oculto en las sombras y camuflado gracias a la sotana que, aunque entorpece sus movimientos, todavía lleva puesta, sigue al criado hasta la amplia cocina palaciega.

El cura se encuentra sentado a la mesa degustando lo que Silvestrín observa, con la boca haciéndosele agua, son unos succulentos y dorados muslos de pollo en pepitoria, mientras un gran vaso de vino tinto bien colmado y una botella también con vino están situados a su derecha. Moja el cura con ansia grandes trozos de pan que arranca de una hogaza en la salsa del ave de corral y a punto están las tripas de Silvestrín de delatarle cuando, sobrecogidas de hambre por tan sabrosa visión, profieren los grandes ruidos de una oquedad no colmada. Pero el cura, parece estar muy hambriento, o padecer el pecado de gula –lo que vista su gran barriga, bien podría ser–, no repara en esos ruidos y muerde con fruición la tierna carne del bípedo potencialmente volátil, unta con denuedo el pan blanco y bebe ansioso el vino tinto con un ritmo tan pausado como implacable. A su izquierda, el hato con los termómetros descansa inocente sobre la mesa. La gruesa barrida del cura topa contra la mesa y le impide acercarse más la boca a los platos. Viendo al cura bracear con sus bracitos como si fuese un tentetieso comprende Silvestrín que a Santo Tomás de Aquino le tuvieran que construir mesas especiales, mesas con un semicírculo cortado en ellas para que el pobre hombre pudiese encajar su barriga y pudiese escribir sus mamotretos filosóficos.

– Don Onofre está ahora... echando la siesta –le comenta el criado al cura con un amago de duda en la voz mientras lava unos platos en una pila colmada de vajilla sucia y alimentada por un pequeño grifo y un hilillo de agua. Ya sabe que al señor gobernador civil no le gusta nada que le molesten en esta hora calma del reposo de sobremesa –añade el criado con un tono que no deja lugar a la duda de que

don Onofre no puede ser molestado en estos momentos de sosiego y meditación-, por lo que le sugiero padre que coma tranquilo su pollo. Yo mismo le avisaré cuando esté dispuesto a recibirle don Onofre.

Con sus fauces llenas de pollo y pan untado y los labios rebozados en grasa, el cura asiente sin mayor preocupación por el retraso en ser recibido por la máxima autoridad, después del gobernador militar, de la provincia. Deglute otro bocado, bebe un gran trago de vino para pasarlo y le contesta al criado que está de acuerdo y que esperará a que don Onofre descanse mientras le indica con un gesto que está dispuesto a seguir ingiriendo más muslos de pollo y más acompañamiento. El criado dirige una mirada asesina al cura –sin duda se trata de los propios muslos de pollo que él mismo tenía intención de comer, teniéndose que conformar con unas judías verdes salteadas que sobraron de ayer-, pero obedece al eclesiástico y le sirve más carne de bípodo.

En el impuesto compás de espera que se ha producido debido al reposo de don Onofre, cruza entonces una atrevida idea por la cabeza de Silvestrín. Si hasta ahora él ha ido siempre por detrás de los acontecimientos, tal vez sea éste un buen momento para ir por delante y llevar a cabo una inspección del terreno enemigo, conocimiento táctico que le puede reportar ventajas estratégicas posteriores. Esta inspección ocular del territorio extraño debe contemplar perentoriamente la búsqueda de alguna vía de escape alternativa a la cerrada puerta de entrada una vez haya recuperado los restantes termómetros. Retrocede con cuidado sobre sus propios pasos –mientras escucha al cura solicitar una segunda botella de vino al criado– hasta llegar de nuevo a la escalera interior de la torre. Sube otra vez hasta el primer rellano y desde allí contempla cómo hay todavía otros dos pisos por encima de éste. Una barandilla de madera pintada de rojo rodea cada uno de los pisos dando al pequeño patio interior el aspecto de una corrala. El suelo, de enormes traviesas pulidas y barnizadas, no cruje bajo sus pies, por lo que no le delatará.

Subiendo con cuidado, al llegar al primer piso, el que supone Silvestrín es el de uso principal de los señores de la casa, pega la oreja a la primera puerta para ver si escucha algo que le indique si la habitación está o no ocupada. Abre con cuidado la puerta y echa una fugaz mirada a su interior, comprobando que se trata de un amplio comedor decorado con abundancia de cómodas y sillas y una amplia mesa en su centro. Sigue abriendo puertas de habitaciones y atravesándolas, pero ninguna de ellas es interesante y más parecen cuartos de una

exposición de muebles que habitaciones de una casa habitada. Pero justo cuando está a punto de subir al segundo piso, una puerta de madera negra barnizada llama su atención. Pega la oreja a la puerta, pero no escucha nada. La abre y al primer golpe de vista comprueba que se trata de un despacho. La pequeña entrada, con una escalera de caracol de peldaños metálicos que sube hasta el piso superior, da paso a una amplia habitación, con estanterías acristaladas que cubren todas las paredes excepto la cristalera emplomada que da a la calle. Una enorme mesa llena de legajos, tinteros y plumas, está firmemente plantada en medio de la estancia. Y el corazón de Silvestrín se desboca cuando se acerca y contempla sobre la mesa de trabajo una fotografía enmarcada en madera oscura de la preciosa cara sonriente de su amada Basilia, con dos trenzas que dan un toque infantil a su bonito rostro. A su lado, enmarcada en rica plata repujada, hay una fotografía del Caudillo estrechando la mano de un don Onofre embutido en camisa azul y chaqueta blanca repujada de condecoraciones y tocado con una boina roja con borla. La fotografía está dedicada al mismo don Onofre y autografiada por el propio Franco. Esta presencia próxima del Generalísimo le embarga de emoción, pues sabe que esa firma ha sido estampada en multitud de órdenes y documentos que han llevado la felicidad a miles de hogares españoles. Deduce pues Silvestrín que éste debe el despacho del prócer provincial, en el que con certeza vela hasta altas horas de la mañana para un mejor gobierno de la provincia, y que la escalera que ha dejado atrás debe ser seguramente la que lleva a las habitaciones particulares de don Onofre.

Toma Silvestrín buena nota mental de todo lo que hay en esta habitación –y no puede evitar coger la fotografía de su querida Basilia, no sin antes estampar un casto ósculo sobre el cristal que protege la fotografía, y guardársela entre los amplios bolsillos interiores de la sotana, pecado de hurto menor que su amor rendido por la doncella compensa– y retrocede hasta el pequeño y oscuro vestíbulo del despacho. En vez de acceder al piso superior por la escalera exterior lo hará por la escalera interior, pues razona que así posiblemente accederá a las habitaciones superiores sin problemas. Sube lentamente las escaleras de buenas planchas de hierro manufacturadas en acerías asturianas de reconocido renombre, y después de una serie de giros, se encuentra en otro pequeño vestíbulo. Abre bien los oídos, pero no consigue percibir ningún sonido. Tal vez esperaba escuchar la respiración tranquila de don Onofre entregado al reposo reparador, pero

no consigue escuchar ni el más débil ruido

Ante la puerta de otra habitación pega de nuevo el oído a la madera y aguzando el sentido cree por fin percibir algún sonido. Gira el picaporte con cuidado y entra en la habitación después de echar un ligero vistazo a la misma. Nada más penetrar en la habitación le invade un extraño sentimiento místico –como cuando oyó la misa mayor del gallo en la catedral de Burgos, con los pies y las manos frías y el corazón caliente, y el papamoscas dando las horas una tras otra–, como si penetrara en un santuario de pureza. Flota en el aire un olor que le resulta extrañamente familiar, el olor de las lilas frescas recién cortadas, y que le hace sentirse transportado por la pasión. Tan extrañas sensaciones perturban su espíritu masculino, pero no quiere dejar de sentir las. Sus ojos se van acostumbrando a la penumbra cuando de repente le viene la inspiración como un rayo al ver otra fotografía enmarcada en rico marco de cristal de roca de su amada Basilia vistiendo traje de tenis, faldita corta y jersey ajustado, ropajes deportivos que destacan sin caer en la vulgaridad sus graciosos y femeninos encantos. El corazón se le desboca en su acelerado galopar y amenaza con salirse por la boca. ¡Ésta es la habitación de Basilia!, se confiesa alborozado a sí mismo. Se siente como el sumo sacerdote del templo de Salomón que una vez al año penetra en el *sancta sanctorum* –aunque dicho en hebreo seguramente suena mejor– para pronunciar el nombre impronunciable de Dios entre aquellas cuatro paredes vacías de todo adorno. Musita con veneración el nombre de su amada en voz baja, y aspira su inconfundible olor, que ya fugazmente ha tenido ocasión de captar con delectación olfativa cuando ella ha pasado a su lado caminado rauda y distante por los pasillos de la facultad sin reparar en él o cuando la ha dirigido en sus experimentos de física térmica.

Su alma atormentada se debate entre la obligación de seguir con la exploración de la casa para asegurar el terreno y el comprensible deseo de permanecer en el centro del universo de su amada, este remanso de paz en el que su amada reposa, virginal y feliz, cada noche. Al ver la cama, con dosel, blancas sábanas de puntillas y un cojín también blanco festoneado de holandas y blondas, no puede evitar imaginarse Silvestrín a la dulce Basilia, castamente vestida con camisón poco o nada transparente, y placenteramente dormida entre sus perfumadas sábanas. Pero su imaginación ya vuela independiente y pronto el camisón se hace transparente y de ahí pasa a la evocadora visión de ella vestida sólo con el dos piezas de la fotografía del AS, fresca y dulce

como una ninfa griega, para luego pasar sin solución de continuidad a imaginarla cual estatua griega completamente desnuda entre sus frescas y acogedoras sábanas. Todo este torrente imaginativo hace que Silvestrín pierda por un momento el sentido. Quiere apartar de su imaginación esa imagen perturbadora, pero hay una parte de su cerebro que persiste en tan hermosa como lujuriosa visión y que envía señales nerviosas para que la sangre fluya pujante hacia los cuerpos cavernosos. Es ésta la misma sensación que tuvo el pasado verano cuando se levantó a beber agua por la noche y sorprendió a Juncal y Pino en la cocina de su casa. Iban ellas vestidas con camisones cortos y la visión a contraluz de sus cuerpos juveniles huyendo le produjeron un estado de desasosiego tal que tardó tres horas en volverse a dormir, notando cómo una inusitada dureza en su número uno no disminuía, como era habitual, con el paso del tiempo.

Y olvidándose por un momento de su sacrosanta misión científica, se dice Silvestrín que quiere volver a sentir esa sensación y que ahora puede lograrlo. Abandona por un momento el estuche con los precisados termómetros encima de la cama y sus nerviosas manos, como si fueran seres vivos con voluntad propia, se lanzan a abrir con sigilo el armario ropero que ocupa toda una pared. Entorna sus puertas y ante él se despliegan trajes, faldas, camisas y demás prendas femeninas de vestir. El ojo de Silvestrín, que empieza a ser experto, repara en el uniforme de las Hijas de María, colegio de pago al que ha asistido Basilia antes de ir a la universidad. Su imaginación, ya sin ataduras, vuela hasta imaginar a Basilia vestida de colegiala, con su camisita blanca, su rebeca verde y su faldita de cuadros plisada por encima de la rodilla, calcetines por encima del tobillo y zapatos bajos. Ha visto muchas veces a colegialas de este colegio, situado cerca de su casa, pero nunca había analizado el extraño desasosiego que en los últimos años le producía la visión de alguna de estas angelicales e inocentes criaturas ataviadas de uniforme. Al imaginar a Basilia vestida de esa guisa en un día de viento, las faldas al aire, su miembro viril experimenta el mismo aumento de tamaño que ya experimentó en el club “El loro azul y carmesí” cuando la señora vestida de cuero le propinaba aquellos azotes. Este extraño comportamiento espontáneo y aumentativo del volumen de su número uno, que a lo largo del día se ha desatado en las más diversas circunstancias, tiene cada vez más intrigado a Silvestrín.

Azorado y dolorido porque el pantalón ajustado impide los movimientos ascendentes de su miembro, cierra las puertas del ar-

mario como el que quiere cerrar las puertas del infierno y librándose de la tentación librarse del pecado. Pero si el demonio permite que se cierre una puerta, enseguida abre otra. Los ojos de Silvestrín reparan en una elegante cómoda y un susurro del maligno le sugiere que explore qué tesoros relacionados con su amada encontrará en el interior de ese mueble. Abre lentamente los cajones de la cómoda y las perfumadas sábanas y fundas de los cojines se presentan a sus ojos como simples telas sin valor. El efecto tranquilizante de estas ropas de cama se está empezando a notar sobre su órgano masculino cuando al abrir el segundo cajón de la derecha de la cómoda la visión de unas diminutas y aparentemente inocentes piezas de tela, transparentes y etéreas, bordadas con primor y delicadeza, hace que su miembro viril renazca con más dolorosa evidencia si cabe. Sin ser muy consciente de ello, toma entre sus dedos con mucho cuidado las delicadas prendas íntimas de Basilia, sutiles y evanescentes, finas como gasa. Con el suave tacto de las yemas de sus dedos recorriendo la tela bordada de las braguitas de su amada, la felicidad de Silvestrín y su número uno están alcanzando cotas históricas. Los vestidos y la moda nunca han tenido ninguna importancia para él —su diligente madre le compra toda la ropa que necesita, incluyendo la ropa interior—, por lo que el extraño efecto que le produce el acariciar estas tenues prendas le sorprende todavía más. Pero el caso es que no se sentía así de bien desde que el Real Madrid de Di Stéfano ganó la copa de Europa a la Fiorentina por dos a cero en el marco incomparable del estadio madridista. Se lleva instintivamente la pequeña pieza íntima a la nariz y aspira su intenso olor a limpio.

Está Silvestrín a punto de perder la cabeza, tal es el efecto narcótico que el olor a lilas de las limpias y frescas braguitas de Basilia le producen, cuando escucha ruidos en la habitación de al lado. Cierra el cajón de la cómoda con sigilo, recupera el estuche de los termómetros y cuando comprueba que sigue con las braguitas de su amada en la mano, las guarda instintivamente en el bolsillo de la sotana. Se acerca a la puerta de donde vienen los ruidos, que desde allí todavía se escuchan lejanos. Franquea con cuidado la puerta y llega hasta una pequeña y coquetona salita. Los ruidos de las voces de un hombre y de una mujer provienen de la habitación conjunta, cuya puerta corredera está abierta. Se acerca entonces Silvestrín a investigar el origen de dichas voces. Una mampara colocada casi enfrente de la puerta le puede ayudar a ver lo que sucede dentro de la habitación sin ser visto a su vez. Se desliza detrás de la mampara

hasta conseguir ver a don Onofre –a quien ya conocía de antes, pues le ha visto acompañando a Basilia por la facultad y por presidir desde el balcón del Gobierno Civil la procesión del Corpus que atraviesa las calles principales de la ciudad–, entregado a actividades que, al sentir de Silvestrín, poco o nada tienen que ver con la reparadora siesta.

Junto a don Onofre, a quien Silvestrín le calcula unos cincuenta años de edad, se encuentra quien sin duda es una de las doncellas de la casa –sólo en el sentido de criada que se ocupa de las tareas de la casa, como pronto se verá–. Ajamonada y un poco rubicunda para el gusto de Silvestrín –quien en estos precisos momentos tiene la imagen de Basilia, embutida en la mitad del mínimo bikini de la calagurritana señorita Cernedora, como ideal femenino de belleza–, la moza, a quien Silvestrín echa unos treinta años, es una magnífica representante del ejemplar de mujer montañesa. Sentada con gesto mohíno sobre las rodillas de don Onofre, sentado a su vez en una silla, escucha las convincentes razones de éste para que se quite la ropa y se quede desnuda, razones entre las que se incluyen favorables contraprestaciones económicas, enunciadas con acariciadora voz, a la vez que sus inquietas manos van recorriendo ansiosas toda la anatomía femenina, aunque la doncella se defiende quitando con cuidado las manos de don Onofre de las diversas rotundas protuberancias propias en que éste las posa.

– Pero no seas chiquilla Conchita –oye Silvestrín argumentar con fingido enfado a don Onofre mientras éste toma a la chica por la barbilla para que le mire a los ojos–, si es que todas las tardes tenemos que tener la misma discusión tonta.

El juego de la resistencia de la joven parece excitar a don Onofre, que se regodea en la abusiva suerte del acoso y derribo. La muchacha, simulando el enfado, hace un gesto indicando que la costumbre no por más repetida hace ley necesariamente. “¿Y si viene alguien?”, dice ella sonriendo con evidente falta de convicción.

– Pero si esto es sólo un juego inocente, tontita, por pasar un rato entretenido a la hora de la siesta –añade él sin mucho convencimiento–. ¿Te acuerdas de aquella laureada vaca holandesa tan hermosa de la que quedaste prendada el jueves pasado en la feria de Torrelavega y que da veinte litros de leche al día? –pregunta don Onofre mientras la muchacha asiente sonriendo–. Pues se la confiscaré por estraperlo a su dueño para ti y así se la podrás regalar a tu padre –añade el gobernador–. Pero ahora déjeme verte desnuda, criatura, que me place mucho contemplar ese cuerpo pasiego tuyo.

Ante la sorpresa de Silvestrín, parece que el argumento de la vaca lechera ha convencido a la muchacha, que se levanta, aunque algo renqueante. “Lo hago, pero no me mires”, dice la joven mientras se dirige hacia la mampara tras la que se protege Silvestrín. Éste tiene el tiempo justo de retroceder y esconderse detrás de unos cortinajes rojos, aunque la rendija entre ambas cortinas le permite seguir viendo lo que sucede. La joven se esconde detrás de la mampara, que la protege de la visión de don Onofre, y procede a quitarse la ropa. Se quita el delantalito blanco que lleva y lo pone encima de la mampara. Se desabrocha los botones de la blusa y también se la quita. Algo vuelve a moverse en el interior de los hábitos de Silvestrín, que pensaba que dichos movimientos involuntarios de su miembro viril sólo se producían tan rápidos al evocar la imagen de su amada Basilia saltando con el vestidito de tenis o la visión de sus primas de Cáceres mojadas bajo el sol de agosto y construyendo castillos en la arena. Ante la previsión de nuevos impedimentos en sus movimientos, ahueca el espacio entre su pantalón y su cuerpo para permitir mayor libertad de movimientos a su miembro, hartos ya de que tropiece con costuras y hebillas. Con más holgura para una mejor expansión volúmica y longitudinal observa Silvestrín cómo la mujer se desprende de la superior protección de sus pechos, el así denominado sostén, prenda que nunca antes sólo ha podido contemplar colocada sobre las femeninas formas de Mari Puri—aunque la reconoce por su similitud con la parte superior del traje de baño de dos piezas o *bikini*—. Los hermosos pechos de la muchacha —no demasiado grandes y bien enhiestos en su cónica forma—, casi vuelta hacia él, terminan en una areola oscura y un tierno botoncito. La visión de estas glándulas portadoras de vida en su misión nutricia y amamantadora hace que Silvestrín se felicite a sí mismo por la previsión de permitir a su miembro expandirse libremente, pues de otra forma ahora lo tendría posiblemente quebrado en ángulo recto. A base de experimentar, ya va empezando Silvestrín a entender la clase de mecanismos contemplativos o evocadores que provocan tan curioso comportamiento.

Se quita a continuación la mujer la falda, primero se desabrocha un par de corchetes y luego la deja caer al suelo, para mostrarse ante Silvestrín —bien que involuntariamente—, en toda su rolliza belleza sólo vestida con unas bragas blancas de algodón, mucho más grandes que las de Basilia y que le cubren casi por completo las nalgas, algo que duda mucho consigan las diminutas braguitas de su amada que él ahora tiene en el bolsillo de su sotana. Se despoja entonces con

gracia la joven de esta última prenda, que deja también caer al suelo con un ruido seco. Mientras ella echa una mirada general a su propio cuerpo, a la vez que se toquetea levemente aquí y allá, Silvestrín tiene cautiva su mirada en el triángulo oscuro y florido que la mujer tiene entre sus muslos y debajo de la graciosa barriguita. Extenso, abundante y acaracolado, la visión del pubis de la muchacha le confirma a Silvestrín que también ahí los hombres son diferentes de las mujeres.

Sin darle apenas tiempo a Silvestrín de reponerse de la sensación de ver a la jamona desnuda, ella se vuelve a colocar el delantalito y se lo abrocha a la espalda. Comprueba que la blanca y almidonada cofia sigue sobre su cabeza y lanza un grito hacia don Onofre: “Allá voy” , dice riendo la muchacha. Mientras ella vuelve a la habitación de don Onofre, Silvestrín avanza de nuevo hasta la mampara. Por la cara que pone don Onofre al ver a la joven sólo cubierta por el delantal –y en ese sentido él tiene una visión mucho más gloriosa que la del propio don Onofre, con las redondas y respingonas nalgas de la mujer ante sus ojos, prolongados en unos turgentes y redondos muslos y unas fuertes pantorrillas–, lo que observa le complace mucho. Ella se acerca a él, que empieza a salivar audiblemente, a la vez que mueve la lengua descontrolado, como un niño ante un postre particularmente apetitoso. La excitación de don Onofre está alcanzando niveles peligrosos, pues su cara empieza a iluminarse como un farol cubierto de tela roja. La muchacha sabe lo que hace y gira y se mueve para que él la pueda contemplar bien. Con un movimiento de sus brazos hacia atrás se desata el nudo del delantalito y termina por quitárselo sacándoselo por encima de la cabeza a la vez que lo lanza hacia un lado. Levanta los brazos, gira y gira y de repente se arrodilla delante de don Onofre, que permanece con las piernas separadas. Él contempla a la muchacha como el niño famélico y pobre contempla los pasteles que no puede comprar expuestos en una pastelería y ésta levanta la vista con cierta ansiedad. Escucha entonces Silvestrín el inequívoco sonido de una cremallera bajándose y observa cómo la joven se acerca y se inclina sobre la parte central de don Onofre. No puede ver Silvestrín lo que está sucediendo, pero ambos protagonistas de la escena están entregados a altas tareas intelectuales y permanecen en un recogido silencio, sólo roto por algunos suspiros agónicos de don Onofre.

Nada sucede durante unos instantes, excepto un extraño movimiento de la cabeza de la muchacha arriba y abajo mientras don Onofre posa paternal su mano derecha sobre su cabeza, y de repente él empieza

a emitir gorgojeos y a suspirar audiblemente. Por fin don Onofre cae hacia atrás de la cama en un extraño trance en el que se agita compulsivamente. Éste comportamiento convulso le recuerda a Silvestrín el que él mismo ha tenido esta mañana atado a aquella cama de “El loro azul y carmesí”, por lo que establece una cierta simpatía de masculina camaradería con don Onofre, aunque no termina de entender qué le haya podido producir tanta excitación, pues la mujer únicamente parecía recitar una muda letanía. “Tráeme unos calzoncillos limpios”, se escucha decir a don Onofre con voz muy diferente de la que ha utilizado hasta ahora y después de unos interminables minutos en los que ha permanecido echado boca arriba sobre la cama y muy quieto. Aunque la actividad a la que se ha entregado don Onofre ha sido en opinión de Silvestrín poco reposada para ser una siesta, si le ha debido resultar muy relajante, pues parece exangüe tendido sobre la cama.

La muchacha, que permanece desnuda sin ningún pudor y se limpia la boca con el dorso de la mano, abre unos de los cajones de una de las cómodas de la habitación, saca una pieza grande y blanca, lo que Silvestrín supone son calzoncillos para la oronda figura de don Onofre, y se la entrega. Mientras éste se va al fondo de la habitación y procede a bajarse los pantalones, la muchacha desnuda recoge el delantal y se acerca de nuevo hasta la mampara con la indudable intención de vestirse. Vuelve raudo Silvestrín a esconderse tras el cortinaje y observa cómo ahora la joven procede a la inversa y se viste. Este proceso no llega a excitarle tanto como el anterior, pero reconoce que hay ciertos elementos perturbadores, eróticos le suele recriminar su confesor, también en éste proceso. ‘Si París bien vale una misa, una vaca holandesa bien vale una mamada’, escucha Silvestrín recitar a la muchacha, frase enigmática y sin rima que no termina de comprender.

Ya mudado de ropa interior don Onofre, la muchacha se retira sin necesidad de que él se lo ordene, no sin antes recordarle a éste el prometido asunto de la vaca. Éste, refunfuñando, también abandona pronto el cuarto. Supone Silvestrín que se dirigirá a su despacho, así que vuelve sobre sus pasos anteriores –y de nuevo experimenta una sacudida de excitación al volver a pasar por la habitación de Basilia – y espera con expectación en la parte superior de la escalera de caracol a que don Onofre descienda hasta su despacho. Lo que así acontece muy pronto, con sonoros pasos que resuenan contra las placas metálicas. Baja entonces Silvestrín la misma escalera sin hacer

ruido y llega al pequeño y oscuro vestíbulo que antes ha explorado. Se esconde detrás de uno de los armarios de esta entrada y observa a don Onofre mientras éste permanece sentado en su mesa y pensativo. Por fin, con laxa parsimonia, como si no tuviera fuerzas, se decide a hacer algo y toca un timbre.

Después de unos interminables minutos aparece el criado con librea que vio antes Silvestrín.

– Súbeme un café con leche, Matías –ordena don Onofre al criado–, a ver si me despejo –añade don Onofre imitando un bostezo de sueño que no logra engañar a un criado que sonríe con sorna, y que se ha cruzado en la escalera con la doncella ya vestida pero con el lápiz de labios más que corrido desparramado por la cara.

– Inmediatamente, señor –dice el criado con cierto sarcasmo–. Con su permiso señor, hay un sacerdote esperándole abajo, el padre Cinazo. Tiene un recado urgente que darle, señor –añade el criado.

– Hágale subir inmediatamente –dice don Onofre dando muestras de evidente agitación contenida.

Espera Silvestrín con el corazón en un puño a que suba el cura con sus termómetros, mientras observa cómo don Onofre recorre agitado todo el ancho de su despacho con grandes zancadas. La puerta del recibidor del despacho se abre por fin y el cura, más orondo que hace una hora, entra con su hatillo bajo el brazo, dando evidentes muestras de nerviosismo y erupcionando. No repara en la oscura figura que se encuentra detrás del armario, posiblemente debido al alto contenido etílico que le hace perder el equilibrio y nubla sus ojos, y avanza hacia don Onofre dejando tras de sí un inconfundible olor a pollo guisado y alcohol.

– Buenas tardes, don Onofre –dice el cura con un habla pastosa que indica que la ingesta del pollo ha sido bendecida con una abundante cantidad de vino tinto. Al parecer el cura seboso ha entretenido la espera libando en abundancia el vino de don Onofre mientras éste se entregaba a los placeres venéreos con las clases inferiores–. Espero que haya sido buena la... siesta a la conchita callando –dice mientras le guiña su ojo de beodo en un gesto de amistosa complicidad y se lleva el dedo índice en vertical a la boca indicando que su boca está sellada.

– ¿Qué tiene para mí, padre Niceto? –pregunta don Onofre ignorando las insinuaciones del canónigo que sigue guiñando el ojo como un poseso.

– Tengo los termómetros –responde el cura, aunque él se traba

y pronuncia tremómetos. El corazón salta en el pecho de Silvestrín al oír la palabra—, que Niceto Cinazo siempre cumple —añade—. Pero no le puedo dejar todos, don Onofre, de verdad que lo siento, pues el nuncio de su Santidad también los necesita. No me ha dicho para qué, pero ha insistido en que los necesita con urgencia. Si llega a enterarse de que estoy aquí, soy hombre muerto, en sentido literal, que ya sabe usted cómo las gasta don Mirta —añade el cura ahora repentinamente sobrio.

El nuncio, Mirta Perkovic, un franciscano de origen croata que tuvo durante la Segunda Guerra Mundial bajo su mando un campo de apostolado *ustasha* en la Serbia occidental —en donde logro éxitos muy notables a la hora de convertir a los ortodoxos serbios en buenos católicos romanos y proporcionarles la salvación eterna, lo primero justo antes de lo segundo, razón por la que ha sido muy bien acogido tanto por Su Santidad Pío XII como por el Generalísimo Franco, hombres ambos que saben apreciar las buenas cualidades de un leal colaborador—, tiene fama de ser un hombre acostumbrado a los métodos expeditivos pero justos, que incluyen estancias prolongadas en las secretas mazmorras del palacio episcopal de la capital, según se rumorea entre los curas de la diócesis. Algunos sacerdotes con incipientes incursiones en lecturas marxistas muy mal asimiladas han tenido ocasión de probar los convincentes métodos del nuncio, entre los que se incluyen la famosa “bota de Zagreb”, variante con clavos en su interior que unifica en sí misma a la famosa “bota malaya” que atormentaba a Clark Gable en la película “Los mares de China”, con la rubia Jean Harlow de acompañante, y a la “doncella de Nuremberg”, tormento que aplicaban los buenos inquisidores alemanes antes de aplicar el juicio de dios y arrojar a la desdichada acusada de brujería a un pozo.

— Está bien —dice don Onofre resignado, pues conoce bien a Perkovic y sus métodos y sabe que don Niceto no soportará una de sus sesiones sin delatarle—, con un par de ellos será suficiente. Pero uno de ellos tiene que ser el Beckman —pronuncia él el nombre extranjero sin dudarlo—, que siempre se me queja la niña de que en terminología es el más difícil de aprobar de todos.

El corazón de Silvestrín se acelera al máximo al oír la última frase de don Onofre. La niña no puede ser otra que su idolatrada Basilia, y el termómetro Beckman es el ojito derecho de la colección, el que guarda como oro en paño y el que le ha permitido avanzar tanto en su tesis. En un momento de debilidad, al ver así hermanadas a la

persona y al instrumento que más quiere en este mundo, está a punto de llorar. Pero pronto se sobrepone a la emoción y sigue escuchando.

– Espero que el nuncio romano Perkovic se conforme con los tres termómetros de máxima y mínima que hemos conseguido y con el termómetro diferencial –añade el cura con un dominio del lenguaje técnico que espanta a Silvestrín–. Entonces... cincuenta mil pesetitas de nada por el Beckman y el otro se lo regalo con mucho gusto, detalle de la casa –añade sonriendo y condescendiente el cura Cinazo.

El importe de la cantidad citada por el cura sorprende a Silvestrín por su magnitud, que por una peseta va a la sesión matinal del cine de su barrio y se come además un pan de higo. También don Onofre parece sorprendido, aunque no tanto.

– Por esa cantidad me compro diez máquinas de coser Singer del último modelo –dice el gobernador más que indignado.

El cura hace un gesto de comprensión de la desgracia ajena, pero deja bien claro que no piensa regatear. Las fulanas de ‘El loro azul y carmesí’ también han subido sus tarifas y a él nadie le ha comprendido.

– Es la ley de la oferta, yo, y la demanda, usted don Onofre y varios más –dice el cura con cinismo, pues sabe que su mercancía está muy buscada hoy día–. Máquinas de coser Singer hay muchas, pero termómetros Beckman en esta provincia sólo hay éste –añade el cura muy seguro–. Si hubiera algún otro, usted ya lo habría requisado..., digo tomado prestado –añade el cura intentando evitar hablar de robo frente al Jefe Provincial del Movimiento–, con altos fines científicos.

Silvestrín conoce las afamadas máquinas de coser Siger, que su madre utiliza para confeccionar ella misma vestidos a toda la familia. No tenía ni idea de lo importante que es para don Onofre poseer el delicado termómetro.

– En fin –se resigna don Onofre–, todo sea porque la niña apruebe esa asignatura de termología que es que se le ha atragantado. Cada vez que tiene que determinar la constante crios..., lo que sea, que no me termino yo de aprender la palabrita tanto oírla, en los exámenes, me la suspenden. Y es que el Beckman, que sí me lo he aprendido, es tan difícil de utilizar y como apenas se lo dejan usar, que a la pobre siempre me la catea don Santiago. Si fuera otro ya le habría aplicado el método del aceite de ricino y el *manganiello*, pero con Santiago no puedo tomarme tantas confianzas –suspira melancólico don Onofre, que sabe de las bondades de ese método para aunar voluntades y limpiar conciencias–, pues tiene mucha mano en El Pardo.

Supone Silvestrín que el método de don Onofre se basa de degustar un plato típico italiano, aliñado con ese aceite especial, con el interlocutor elegido para así mejor convencerle de que levante la mano en los exámenes. La integridad profesoral de don Santiago agrada a Silvestrín, aunque reconoce que él no necesitaría estímulos de ningún tipo para aprobar a Basilia, y aún darla sobresaliente, tan débil es su voluntad cuando se trata de su amada. Don Onofre se acerca resignado a un cuadro que hay en la pared, lo gira y detrás de él aparece una caja de caudales. La abre sin más y extrae un grueso fajo de billetes verdes. Cuenta la cantidad estipulada, con billetes que crujen de nuevos, y la deposita encima de la mesa, cerca del cura. El resto del dinero –que por su anchura debe ser como diez veces la cantidad anterior, pues ha extraído del mismo las cincuenta mil pesetas y el montón ni lo ha notado– queda al lado de un tintero.

– Encantado de hacer negocios con un caballero como usted, don Onofre –dice el cura mientras cuenta los billetes y saca la cuenta de las sesiones en “El loro azul y carmesí” que va a poder disfrutar–. Me voy ahora corriendo que tengo un asunto pendiente aquí cerca, y luego una cita importante en Comillas, que a las cinco en punto de la tarde hay una reunión con el nuncio que va a cambiar la historia de este país, ¡qué digo de este país!, puede que la historia de la humanidad –añade Cinazo con enigmática lentitud elevando su dedo índice hacia el cielo y mientras don Onofre hace un gesto despectivo al oír que el cura cita al nuncio–. Dígale a la niña que los termómetros los ha importado usted de Alemania, pero que en la aduana se han quedado con los estuches, para que así se queda más tranquila –termina de decir el cura mientras extrae de su hato un termómetro pequeño que deposita sobre la mesa de don Onofre.

Extrae a continuación un largo termómetro, mucho más grueso que los anteriores, con un estrechamiento en su parte inferior terminado en un enorme depósito de mercurio, y con un refuerzo metálico en su parte superior. Toma con mucho mimo el largo termómetro y lo deposita con cuidado encima de la mesa también y al lado del otro. La visión del preciso instrumento científico nubla la vista de Silvestrín, tal es su tensión contenida e indignación al comprobar que tratan a su termómetro Beckman como si fuera una vulgar mercancía. El cura Cinazo saca del hatillo un papel impreso con muchos dobleces. Silvestrín lo reconoce al primer golpe de vista. “Y aquí está el manual de uso del Beckman, que espero sea de utilidad a la niña”, dice el cura ante la desesperación de Silvestrín.

Sin mediar más palabras, el cura atrapa el dinero con su mano convertida en garra, toma lo que queda de su hatillo, atraviesa el cuarto a grandes zancadas sin reparar en Silvestrín, sale por la puerta sin cerrarla y se pierde corriendo escaleras abajo. Don Onofre contempla los termómetros, más caros que las joyas, y suspira. Mientras, Silvestrín se debate impotente en un mar encrespado de dudas. Si sale tras el cura tiene pocas posibilidades de alcanzarle y es posible que no vuelva a ver ni el Beckman ni el otro termómetro. Si se queda, los termómetros de máxima y mínima y el diferencial se pueden perder para siempre, en manos de unos tenebrosos curas que no tiene ni la más remota idea de qué uso perverso les quieren dar.

Mientras don Onofre parece meditar sobre su reciente, y carísima, compra, abandona también su despacho sin reparar en Silvestrín, bien camuflado con su sotana en las negras sombras del vestíbulo. Un rugido de sus famélicas tripas está a punto de descubrirle, pero don Onofre ya va escaleras abajo. Con sigilo se acerca Silvestrín al ventanal del despacho para ver cómo el avaro cura se monta en su negro coche y sale disparado atravesando la plaza empedrada y en dirección a Comillas. Pero repara Silvestrín en que detrás del coche del cura hay ahora aparcado otro coche, más pequeño y de color blanco. Un verdadero acontecimiento para la pequeña villa, poco acostumbrada a tanto tráfico. Del coche blanco, con seguridad un modelo Seat Seiscientos último modelo, observa que desciende la propia Basilia, que sin duda ha venido conduciendo ella sola desde la lejana capital. Con su atuendo deportivo y unas gafas de coche descapotable surge, con las faldas al vuelo y un jersey blanco ajustado, radiante del pequeño coche. La visión de su amada le produce una punzada en el corazón, pues la anterior conversación ha sembrado la duda en él sobre su participación en el robo de los termómetros, sospecha ésta que no puede soportar.

Silvestrín sabe que su padre pronto informará a Basilia de los recientemente adquiridos termómetros –bueno, tal vez la mentirá para decirla que los ha comprado–, así que se agita de nuevo en el proceloso mar de las dudas que tantas triunfantes carreras políticas ha destruido. Pero sus temores pronto se confirman y escucha cómo unos juveniles y saltarines pasos suben rápidos las escaleras, de donde deduce que Basilia sube a toda velocidad a ver los aparatos. Así es en efecto, y cual blanca paloma, ella pasa rauda a su lado como una exhalación sin reparar en él, posiblemente debido también a que se ha escondido al efecto de, en efecto, pasar desapercibido. Ella se lanza

sobre la mesa y pronto el corazón de Silvestrín se debate entre la congoja que le invade por ver su magnífico instrumento en manos de Basilia , con el evidente peligro de que lo rompa con sus pequeñas y, sin duda, frágiles manos de niña, y la alegría por ver el júbilo con que la joven ha recibido el regalo de su padre. La corta falda revolotea ante los ojos extasiados de Silvestrín y sus pequeños saltos y palmadas denotan la virginal inocencia de la muchachita ante el regalo inesperado. Toma de nuevo ella el Beckman en sus manos y parece rezar por tan práctico regalo.

– ¡Joé, ya tenía yo ganas de tener un jodio termómetro Beckman en mis manos sin que fuera día de examen! –tiene la sensación de escuchar Silvestrín–. Voy a coger un kilo de hielo, otro de sal y un poco de azucar y me voy a poner a hacer experimentos a ver si de una puñetera vez apruebo la termo, ¡joé!, que el hideputa de Londrino me tiene hasta los mismísimos ovarios –llega nítida frase a sus oídos.

Con un nudo en la garganta, Silvestrín opta por tomar una arriesgada decisión, por seguir el único camino que le queda, no muy expedito, pero es lo único que tiene. Es ésta tal vez la decisión más difícil y dolorosa que ha tenido nunca que tomar en su joven existencia, pero decide mostrarse expeditivo, pues no hay elección –aunque sí erección, pues la cercanía de su amada ha puesto de nuevo en marcha resortes internos que parecen tener vida propia–. Basilia, con el rígido instrumento entre sus manos, sigue recordando los indudables méritos docentes de sus profesores, cada uno de ellos recordado con floridos epítetos relativos a su falta de conocimientos. Se acerca Silvestrín sigiloso por su espalda y justo cuando ella deja con cuidado el Beckman sobre la mesa –pero ni un segundo antes, pues teme que con la impresión ella lo deje caer y el precioso instrumento se quiebre en mil pedazos–, la sujeta ambos brazos con su propio brazo izquierdo a la vez que le cierra la boca con su mano derecha.

La impresión que recibe la joven es, comprensiblemente, sobrecogedora, pues a las impuestas mudez e inmovilidad se suma una inefable sensación cuando nota entre sus muslos un instrumento duro, ancho y enhiesto, instrumento que asciende y desciende rítmicamente a medida que ella se agita y debate contra la agresión. Y es que, para tener las manos libres a la vez que mantiene consigo el estuche, se lo ha colocado Silvestrín de nuevo entre sus propias piernas, por lo que al atrapar a la joven y atraerla hasta sí, el erecto estuche ha levantado la falta de Basilia y ha terminado entre sus muslos, muy cerca de la sonrisa vertical que dice su mamá –la de Basilia; la de Silvestrín lo

llama el sitio número uno de las niñas cuando habla con sus sobrinas de Cáceres, sin reparar en la falta de coherencia de su nomenclatura-. El recuerdo de la joven del autobús viene a su mente, así que opta por no aflojar el abrazo para evitar alaridos y bofetadas

- Tranquila, tranquila -dice muy bajito Silvestrín cerca de la graciosa orejita, así se lo parece, de Basilia-, soy yo, Silvestre Panador, ayudante de don Santiago Londrino en los experimentos de termología, ya me conoces -añade para mejor identificarse.

La joven todavía se debate, muerde y patalea, pero a Silvestrín le empieza a producir un placentero embarazo la sensación de tenerla amordazada e inmovilizada a la vez que ella aprieta sus nalgas respingonas contra él y él comprime a su vez sus pequeños pechos, que se notan duros como el pedernal bajo su necesario abrazo inmovilizador. El efecto que el involuntario abrazo está generando en Silvestrín le hace temer a éste que pronto va a tener que dejar caer el estuche al suelo, pues no puede seguir sujetándolo entre los muslos, pues la sotana está tensa por varios puntos y le resulta difícil mantenerse erguido. La joven, ahora con el extremo superior del estuche frotándose contra sus braguitas, empieza a atender a razones y comienza a relajarse.

- Si me prometes que no vas a gritar, ceso en mi abrazo constrictor -dice Silvestrín a la vez que empieza a aflojar su abrazo e intenta sacar su mano de entre los graciosos dientes apretados de Basilia. Ella indica que acepta el trato haciendo gestos de asentimiento con la cabeza mientras afloja la tensión.

- ¡Dios, tío, pero qué pedazo instrumento tienes entre las piernas! -gime Basilia suspirando y sin girarse a la vez que apoya desmayada las palmas de sus manos sobre la mesa.

Aprovecha él que ella está de espaldas para recoger el estuche que estaba a punto de caerse. Suspira aliviado y más cuando observa que con la sotana puesta apenas se nota los efectos benéficos que sobre su circulación sanguínea ha tenido el fuerte abrazo a que ha sometido, por fuerza mayor, a su amada Basilia. De la platónica contemplación de su amada ha pasado a un abrazo de una intimidad embarazosa. Se gira Basilia lentamente sólo para sobresaltarse al verle. Con el rojo pelo que le caracteriza -y que ha sido la mofa de sus compañeros durante muchos años-, y con la negra sotana que le cubre, ella da un respingo de susto y clava sus duras nalgas -curtidas en muchos partidos de tenis, que es de practicar este deporte de donde viene ahora- en la mesa.

–¿Pero tú eres cura? –pregunta con los ojos muy abiertos Basilia . Este tuteo indica a Silvestrín, como este reconoce con satisfacción, que ella le recuerda.

– ¡No, no!, es sólo un disfraz provisional, pues vengo de Corbán–
acierta a musitar–. Bueno, en realidad es una historia un poco larga
–responde azorado Silvestrín al notar muy cerca de él sus altos y
picudos, a la vez que menudos, pechos, los mismos que hace unos
segundos abrazaba él con feliz abandono.

– Pues te doy cinco minutos para que me la cuentes, o em-
piezo a gritar y aparece la Sección Femenina a caballo –amenaza
una guapísima Basilia , como no puede por menos que admitir Sil-
vestrín. Vestida con la faldita, una camisa blanca de manga corta y
un chalequito de punto, está preciosa. Tiene las mejillas arreboladas
y a sus ojos azules y a su rubio cabello color tostado ese tono de
piel entre dorado y moreno le sienta muy bien y le da un aspecto de
apetitoso y jugoso melocotón recién cogido del árbol, todavía con la
sutil pelusilla, tal y como el vello fino y rubio cubre sus fuertes y bien
torneados brazos.

En estos erráticos pensamientos pierde Silvestrín casi un minuto y
su silencio se hace insoportable para ella que está impacientándose, y
poniéndose cada vez más guapa. Centra sus pensamientos Silvestrín,
y explica a Basilia cómo su padre ha mandado robar los preciosos
termómetros del departamento de termología para que ella pueda fa-
miliarizarse con dichos instrumentos y así consiga abordar su próximo
examen de termo con mayores garantías de éxito. Le muestra el fajo
de billetes que hay encima de la mesa como prueba de sus palabras a
la vez que abre la caja de los termómetros para mostrar los huecos,
que como dientes caídos de una boca, afean su interior. Se oye en-
tonces un grito que proviene de la planta baja que hiela la sangre en
las venas de Silvestrín.

– ¿Te gustan los termómetros que te he comprado, nena? –oyen
preguntar a voz en cuello desde abajo a don Onofre.

Antes de responder, Basilia mira a Silvestrín, y éste sabe que
ahora está completamente en sus manos, extraña sensación que hace
mucho quería experimentar y que ahora, una vez conseguido ese ob-
jetivo, le sabe agri dulce. Si ella le delata, él es un hombre muerto y
un científico acabado. Toda su carrera científica pasa ante sus ojos y
ya se ve haciendo la mili en Sidi Ifni, rodeado de legionarios malen-
carados y cabras rijosas.

– ¡Sí, papi, gracias, son preciosos! –dice Basilia perdonándole la

vida-. Enseguida bajo –añade.

Nunca en su vida ha oído Silvestrín palabras tan hermosas. Pero ella enseguida le vuelve a interrogar.

– No me lo creo –dice ella.

Deposita entonces Silvestrín el estuche encima de la mesa, lo abre y tomando el Beckman en sus manos, lo deposita en su lugar. El termómetro Beckman encaja como una mano en un guante –un guante de la talla correcta para la mano, se sobreentiende; dejamos a la fértil imaginación del lector avisado imaginar cómo encaja una mano grande en un guante pequeño (el problema inverso, cómo encaja una mano pequeña en un guante grande es trivial desde el punto de vista de las aplicaciones holónomas conformes con invarianza de escala y el Teorema del Punto Fijo o de Brouwer)– en el correspondiente hueco del estuche, lo que convence a Basilia de que Silvestre Panador está diciendo la verdad –aunque la verdad sea dicha, el concepto de la verdad no tiene entidad física desde que Einstein demostró la no simultaneidad en sistemas de referencia inerciales diferentes-. Ella asiente con la cabeza. Se convence así Silvestrín de que Basilia no ha tenido nada que ver con el robo, por lo que da gracias al cielo.

– Por otro lado, hay una serie de curas enloquecidos que no sé que interés tienen en los termómetros, pero que surgen por doquier –añade él con voz entrecortada-. Dentro de una hora y media tienen una reunión en Comillas y tengo que estar allí sin falta, pues aún tengo que recuperar varios termómetros.

Basilia le observa durante un instante y sus mejillas suaves y tersas atraen a Silvestrín cómo el imán al clavo.

– Vale, yo te ayudo a llegar a Comillas, pero tu me enseñas a calibrar el Beckman –dice Basilia –, que estoy hasta el moño de las crioscopías y ebulloscopías –añade ella en tono jocoso-. Pero antes voy a conseguirte un bocadillo, que debes estar desfallecido desde esta mañana sin comer –comentario que demuestra que ella ha seguido con atención y aprovechamiento su relato.

Cuando ya creía Silvestrín que no iba a poder oír palabras más hermosas que las que le han protegido de la ira del falangista, escucha ahora embelesado que Basilia le pide ayuda a él para calibrar el Beckman y que le ofrece además los ricos manjares que su cuerpo demanda desde hace más de tres horas. No cabe en sí mismo de satisfacción.

– Dentro de diez minutos bajas y te metes en mi coche, el Seat Seiscientos blanco que está aparcado ahí fuera –dice ella mientras él

asiente en silencio—. Yo te abro ahora la puerta y voy a la cocina a conseguirte algo de comer —dice ella todavía agitada por las intensas emociones que Silvestrín, su relato épico y sus diferentes instrumentos han despertado en ella.

Cuando han transcurrido exactamente diez minutos en su reloj Omega, le gusta la precisión suiza, Silvestrín coge el otro termómetro y lo encaja en su lugar en el estuche, a la vez que asegura el Beckman con la gomita que hay al efecto. Al hacerlo, repara en el fajo de billetes que hay sobre la mesa, y con un movimiento reflejo, se lo introduce en el bolsillo de la sotana. El roce de sus dedos con las braguitas de Basilia al hacerlo le vuelve a producir una excitación, pero sale corriendo del despacho de don Onofre. Vigila las escaleras, desciende hasta la entrada, abre la enorme puerta con cuidado, pues la previsora Basilia la ha dejado abierta, y se desliza sigiloso hasta el pequeño coche. Abre la puerta, se introduce en el minúsculo habitáculo, pequeño para su cuerpo, e intenta ocultarse ante los ojos extraños, aunque sin conseguirlo. Le está empezando a doler la espalda cuando observa alborozado cómo llega Basilia con una cesta de mimbre, de esas que se utilizan para las excursiones campestres. Parece talmente Caperucita, aunque ella va de un blanco virginal, y, por un momento, Silvestrín quisiera ser el lobo para comerla entera, un pensamiento fugaz que le sorprende y aterra en su osadía, pero que ya no quiere dejar escapar.